
RELACION CAMPO - CIUDAD

Remos vivido hace unos años la época en que el hombre se ha desplazado del campo a la ciudad. Hoy el movimiento migratorio, en cierta medida, es de signo inverso. Así que, ahora, hay tiempo para hacer que la ciudad responda a un código de intenciones. Hoy, los que corren más riesgo de contaminación son el campo, los ríos, el mar, las playas, la montaña y el aire que nos rodea. La humanidad, cada vez más informada, se defiende. Defiende el escenario en que vive. Así han nacido los grupos ecologistas que, aunque politizados en algunos casos hasta extremos ridiculizables, transmiten al tejido social su opinión.

Si una parte de la población cívica, seguramente escasa, recuerda el campo como el ámbito en el que dominan las hormigas, las moscas, el polvo y los charcos, el hombre medio tiene, por el contrario, una imagen idealizada de él y lo quiere cuidar.

Cualquier espacio místico actual ha sentido al hombre, es decir, no está en su estado puro, si consideramos al hombre como impurificador. Si el campo permaneciera intocado sería por una intención explícitamente pasiva del primer Autor de la Naturaleza que quiere tener a su alcance ámbitos virginales que contesten a los urbanos.

El agro (titulando así al campo dedicado al cultivo) responde cada día más a un planteamiento que se traduce en una ordenación en la que juegan su papel la topografía, la constitución del terreno y su clima.

Hoy las explotaciones se consideran bien o mal llevadas, no sólo por su rendimiento agrícola y ganadero, sino también por los criterios que buscan la belleza paisajista. Así, por ejemplo, toda la maquinaria agrícola está orientada a operar sobre campos llanos y de geometría simple para alcanzar el máximo de su rendimiento. En el momento que intervienen las pendientes entran en juego decisiones que determinan hasta qué punto es rentable la explotación. Los montes que en tiempos de carestía fueron labrados, hoy no compensa su explotación agrícola.

En la España del páramo, en Castilla, si se quieren árboles, hay que permitir que la población, sedienta de bien tan escaso, pueda plantarlos, cuidarlos y mantener después con orgullo lo que creó.

La penetración con la que el mundo urbano va invadiendo sistemáticamente el campo en sus diversas clasificaciones, desde las montañas y lagos, hasta sus explotaciones y sus pueblos, es cada día más mirada. En los países que han ido por delante de nosotros, el ciudadano, el hombre que domina, ha exigido que las autopistas, ya alejadas del casco urbano, no vean construcción, y que se proteja su paisaje impidiendo la huella materializada del hombre. En España las carreteras "hieren" paisajes, pues está claro que cuando hay que hacer "por razones de Estado" y desde el "orden y mando", lo más expeditivo y fácil es tirar por el camino de en medio.